

Acerca de algunos trabajos del señor Vincenzi

ENSAYO SOBRE LA ORIGINALIDAD

Por MOISÉS VINCENZI.

JUNTO a mi escritorio he ofrecido asiento al señor Vincenzi para leer en su compañía este primer ensayo de su *Mensaje a las juventudes de nuestra América*. Porque no sé leer a solas escritos de esta naturaleza. Necesito comentar, preguntar, discutir, disentir y alabar. Si pareciere parco en mi alabanza, y pródigo en la discusión, recuérdese que está presente el señor Vincenzi, que leemos juntos, y que no sienta bien el elogio en casos tales.

«... urge que el Ariel de la Originalidad, como un libertador de los espíritus americanos, desencadene sus alas del cautiverio de la vieja y decadente Europa».

Supongamos que se han desatado las alas. ¿Qué va a hacer luego? ¿A crear una nueva cultura? Muy bien. ¿Se comenzará por la invención de la lengua? No. ¿Pues donde empezar entonces? ¿En donde romper con la tradición europea para dejar en libertad la originalidad americana?

«Mentira la de aquellos falsos apóstoles que en el Viejo Mundo viven de las verdades viejas y arrastran con sus sonoros trofeos los antiguos despojos de las civilizaciones pasadas?»

No, no! No hay verdades viejas, que si son verdades poseen la inmarchitable juventud de la eternidad, la juventud del agua y la juventud de la mañana bañándose de sol y de azul. Ni hay verdades nuevas en el profundo sentir de esta palabra, porque si verdades son, han existido siempre. Descubra hoy el señor Vincenzi una verdad y dentro de doscientos siglos continuará conmoviendo el Universo con la misma juventud que hoy día. Y para América también del Oriente le vendrá la luz!

«Todo está dicho, la originalidad no existe.» «Hablando numéricamente es fácil demostrar casi todo lo contrario: poco se ha expresado; y es menos difícil... ser original que no serlo.»

«Aquí la demostración matemática: determinemos lo conocido por el hombre con la letra *f*, es decir con la inicial de finito; y lo que le falta al espíritu humano por conocer, quiero expresar, lo que está fuera de ese infinito ya conocido, con la inicial *i*, que indica lo infinito. Lo conocido, y por lo tanto no original, es *f*, y lo desconocido y susceptible de originalidad es *i*».

«La primera fórmula: *todo está conocido*, en consecuencia, es un disparate matemático $f > i$. Finito mayor que infinito».

Subrayo la palabra *infinito* en el párrafo preanterior porque es una errata, es «finito ya conocido.» La demostración es inexacta, porque en la fórmula citada se afirma que *todo está dicho* y ese *todo* abarca lo conocido así como lo que es susceptible de ser conocido y expresado. Luego no hay un infinito por conocer y expresar, de acuerdo con la intención de quien establece la fórmula en discusión; cuando existe se conoce y se ha expresado ya, tal es el sentido de la fórmula; no existe, pues, la *i* de la demostración matemática.

Esta última suposición—agrega el señor Vincenzi—«entraña un segundo disparate reductible a las siguientes palabras: *lo conocido por el hombre es infinito*» Aquí, ya no hay demostración. Ni pueda haberla. Yo hago más la afirmación. Lo conocido por el hombre es infinito. Y es un infinito siempre creciente: el infinito humano hacia el absoluto, inconcebible infinito. ¿Pero quién es este hombre que conoce tal infinito? La especie humana desde su aparición en el espacio hasta el momento presente de su evolución.

¿Pero cómo sé yo que voy a revelar algo del infinito desconocido? Por medio de la cultura. No de otra suerte. Luego no podemos romper con la tradición cultural de las razas creadoras de civilización. La originalidad de la naciente cultura hispano-americana es que ha hecho suyas todas las corrientes de pensamiento predominantes en Europa. Allí está el secreto de su liberación. El modernismo literario de la lengua española nació en América por el influjo de las literaturas europeas. Tenemos independencia política y constituciones de los estados por el influjo de los pensadores europeos, y por la influencia de los filósofos del Viejo Mundo florecerá la filosofía en América.

¿Culturas gastadas? No existen. Es como hablar de océanos gastados, de naturaleza gastada. Lo que suele gastarse es el poder de visión de los hombres. Surja el poeta y la naturaleza es otra vez una joven reina del mayo. Surja el filósofo y todas las culturas pasarán de nuevo a la orfía, oyendo de nuevo el mugir de sus nuevas crías.

Ninguna fuerte originalidad se sintió dañada por la cultura, por la extensa y sólida cultura.

Mata la originalidad el desconocimiento y el desprecio de sí mismo.

El señor Vincenzi aconseja la concentración. Este es el buen camino. Pero está descrito de maravillosa manera en los Puranas y los Upanishads de la India. Los neoplatónicos y los místicos lo han recorrido y descrito innúmeras veces.

¿Quiénes, qué jóvenes pueden llegar a ser originales? ¿Los que sencillamente rompen con la tradición cultural europea? No—responde el señor Vincenzi, no todos pueden lograr la contemplación interior, que es fuerte de originalidad «Aun hay quienes son originales a pesar suyo y sin sospechar que lo sean».

Luego, el señor Vincenzi dice: «Ningún pasajero vuelve a pasar jamás la senda que ha hollado un momento antes. El camino, la tierra firme es un río que fluye y se transforma de continuo».

Bella expresión. Mi bien amado Heráclito dijo: «No se puede bajar dos veces a un mismo río, porque otras y otras aguas están fluyendo siempre». Y Amiel, que lo cita, escribe: «Me siento tentado a decir que nadie verá dos veces un mismo paisaje, porque una ventana es un kaleidoscopio y el expectador es otro». Y Rodó, que tiene tanto de Amiel como de Renán, sobre ese mismo bastidor bordó sus *Motivos de Proteo*.

Y cómo me complazco en declarar mi acuerdo con la aseveración de que la identidad no existe. Y en consecuencia, jóvenes de América, no hay plagiarios. Son unas mismas las palabras de la lengua, pero ¡cuán diferentes las hacéis cuando en ellas ponéis una intención vuestra! El trivial ¡buenos días! con una ligera inflexión de la voz puede llenaros de dicha por toda una vida. Decid bellamente lo que pensáis, no importa que los siglos hayan aprendido de memoria cuanto ahora pensáis vosotros. ¿Qué sentís, que pensáis, qué queréis y cómo lo queréis y pensáis y sentís?, eso es lo que puede levantaros a la altura de los mejores. Puede ser hoy, en vuestros labios, clarín que llama a revolución y renovación de ideas la palabra que nadie quiso oír hace mil o dos mil años. Vuestra emoción, vuestro sentido y comprensión de una época o de un pueblo imprimen sello de originalidad a vuestro pensamiento o a vuestro sentimiento, sin importar la edad que tengan éstos.

Jamás tendremos absoluta certidumbre de que nuestros pensamientos son realmente nuestros. Por eso quienes siempre lo han sabido declaran que la inspiración es sacro don de las musas, hijas armoniosas de la Luz.

El señor Vincenzi aconseja: «Sed